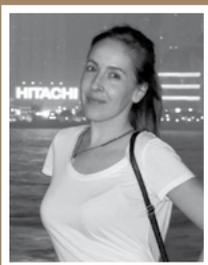
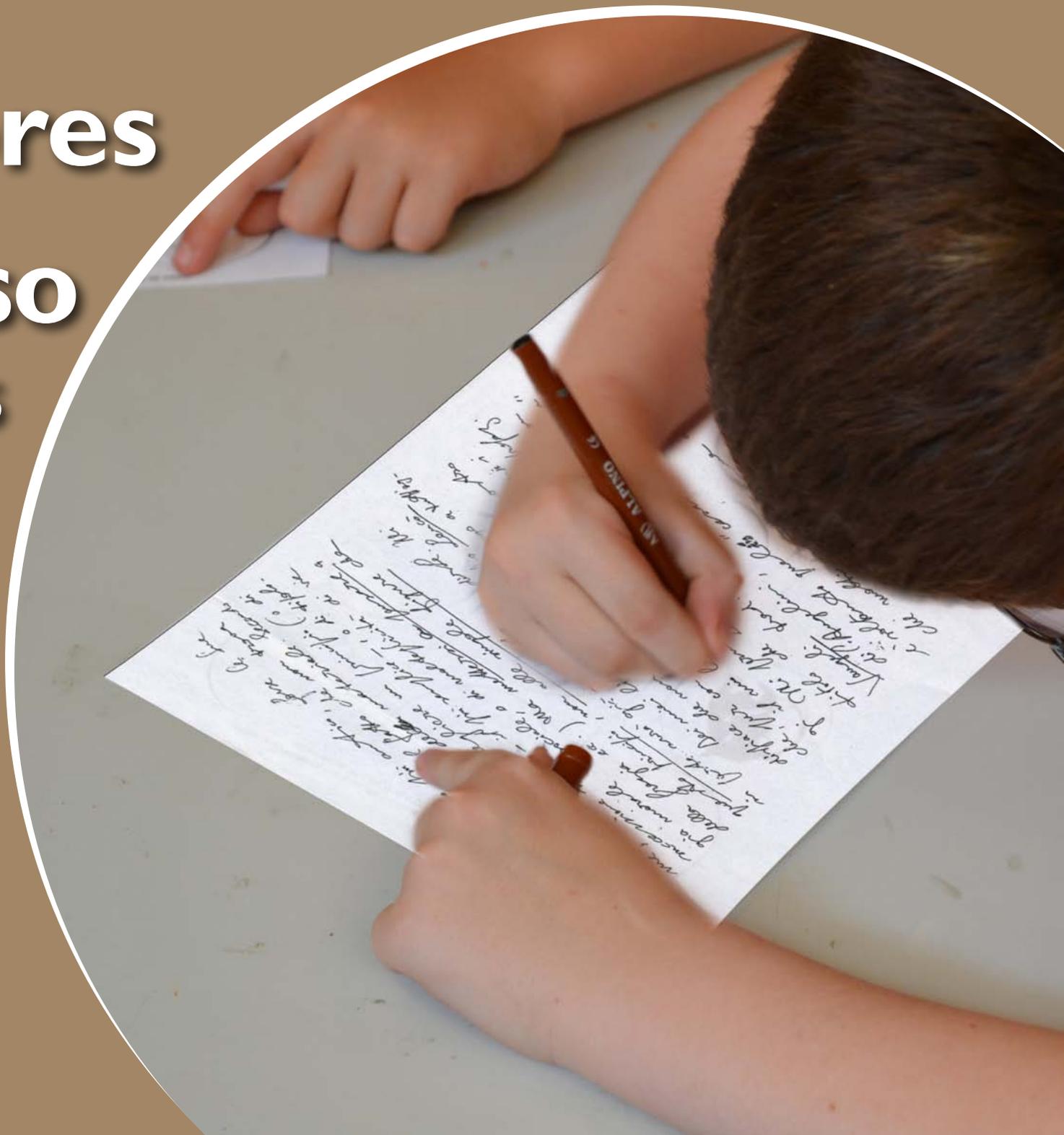


Ganadores del Concurso de relatos

*Mi primera
visita al
MNCN*



Texto: Azucena López / Imágenes:
Servicio de Fotografía del MNCN





¡Ya tenemos ganadores del I concurso de relato breve del MNCN ! Bajo la temática *Mi primera visita al Museo Nacional de Ciencias Naturales*, propusimos este concurso con el objetivo de conocer las historias, anécdotas y recuerdos de aquel día, de la primera vez que visitaste el museo. Agradecemos la participación de todos los que os habéis animado a mandar vuestros textos. Todos los relatos de ambas categorías, adulto e infantil, nos han emocionado y nos han hecho disfrutar y conocer bonitas vivencias del público que visita el MNCN.

A continuación puedes leer los relatos seleccionados de las dos categorías. ¡Enhorabuena a los ganadores!

Ganador categoría adulto:

‘El toro y la luna’

-Ese toro enamorado de la luna... -canturreé por lo bajini cuando entramos en la sala y lo vi plantado encima de la peana.

Desde un rincón, un joven uniformado se apartó el walkie-talkie de la boca para pedirme silencio.

- ¿Estás tonto o qué te pasa? -a mi mujer tampoco le gustó la copla.

-Lo que tú quieras -ahora, prevenido, apenas bisbiseaba-. Pero, dime, ¿qué hace un toro diseado en medio del Museo del Prado?

Recorrí el animal de cabo a rabo. Su cabeza, alunarada de blancos sobre el pelo negro; su cuerpo, moteado de negros sobre la pelambre blanca. Acerqué mi cara a los pitones. La aparté antes de que volviera el reproche del vigilante.

-Ese toro, ese toro...



-Ya vale, ¿no? -mi mujer me dio una patada en el zapato.

Ese toro que miraba con fijeza un cuadro de Rubens en la sala 29 de la galería. Que movía los ojos conmigo para ver, envidioso, cómo el hermano retratado por el maestro flamenco llevaba en sus

lomos a la más bella de todas las Europas. E s e t o r o berrendo, ensabanado y botinero, estaba a un paso de escaparse de la quietud

en que lo había dejado el taxidermista hace cien años para mandarme de un envite a cinco décadas de allí.

A la glorieta de Embajadores, de la mano del tío Ramón. A esperar el veintisiete para ir al Museo de Ciencias Naturales.

- ¿Hay tigres? ¿Y leones? ¿Y osos?

-Y esqueletos de dinosaurios, de tiburones, de mamuts.

- ¿Y calaveras?

Detrás de los cristales del autobús, Madrid me parecía una película del gordo y el flaco. Si acaso, algún colorín más y algún sombrero menos.

Llegamos. Chispeaba. El museo de las maravillas nos contemplaba desde lo alto de un cerrillo. Solté la mano de mi tío para coger una piedra.

- ¡Ni se te ocurra! -me agarró del brazo cuando lo echaba hacia atrás.

-Es que...

- ¡Es que, es que...! Es que no estás en el pueblo. Es que a la próxima te empaqueto y te mando con tu madre.

Entramos. Minerales, fósiles, meteoritos ¡Un





diplodocus!

-El león, tío, ¿dónde está el león?

Me tapó los ojos con la mano. Dimos cuatro pasos antes de girar a la derecha. Apartó entonces la palma de mi cara.

-Ahí lo tienes.

Ahí lo tenía. Me acerqué. Para escuchar su rugido, sentir su aliento. Para ver sus garras a una cuarta de mi cuello.

Luego, el elefante, la jirafa, el rinoceronte. Los lobos, el lince, el águila.

Y el toro. Ese toro. Con su cabeza negra y su cuerpo blanco. Con sus lunares blancos y negros haciéndose un huequecito donde no les correspondía. Mirando con suficiencia a los compañeros de gabinete.

Cuando volvimos a casa, la tía Paqui nos esperaba con la mesa puesta. En medio, una fuente de ensaladilla rusa.

Y en la radio del aparador, Joselito. Ese toro enamorado de la luna...

Santiago Rodríguez Villafranca

Segundo puesto categoría adulto:

'La máquina del tiempo'

Han pasado veinte años desde la primera vez que visité el Museo Nacional de Ciencias Naturales, y todavía recuerdo, con total lucidez, todo lo que me contó aquella primera vez. Fue como un susurro que trajo el viento. Un susurro suave y cálido lleno de sabiduría y aventura.

Ese día inicié un viaje a través del tiempo, un viaje a través de la historia. Un viaje, que me permitió observar: los fósiles, insectos, aves y mamíferos. Un viaje, que me permitió ver el rostro deforme de los meteoritos. Un viaje, que me permitió, incluso escuchar; cuando me quedaba quieta como estatua de mármol, los maravillosos rugidos de los dinosaurios, y los asombrosos sonidos de los meteoritos al impactar contra la tierra. Un viaje que me enseñó a valorar, a creer, y soñar...

Ese momento mágico e histórico de mí vida se congeló en mi memoria, de la misma manera, en que se congelaba el mar en el invierno, formando una capa cristalina y dura, a través de la cual podía observar la vida ardiente que yacía en el fondo: a veces silenciosa, a veces bulliciosa, pero siempre eterna.

Asimismo, puedo ahora, ver en mi interior. Una vida llena de triunfos y también fracasos, una vida llena de alegrías y tristezas, una vida llena de emociones y suspensos, una vida llena de silenciosos y también, gritos; como el fondo mismo del mar, como aquel momento mágico e histórico.

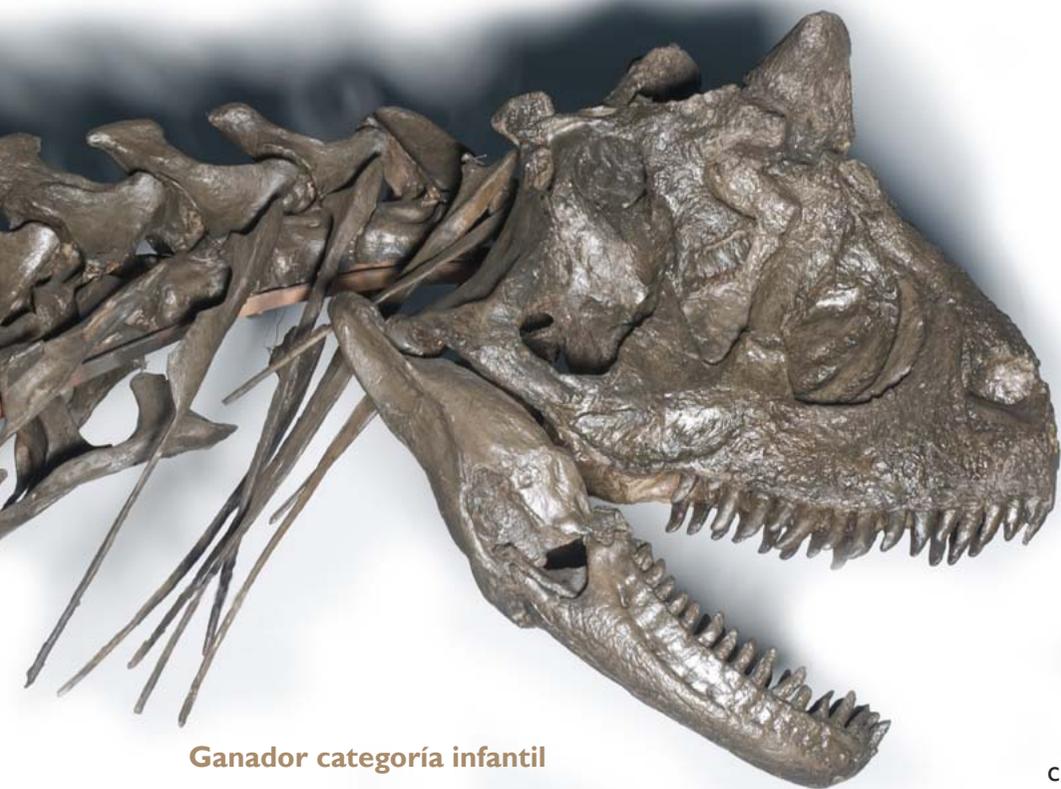
Han pasado veinte años desde la primera vez que visité el Museo Nacional de Ciencias Naturales, y todavía recuerdo, con total lucidez, todo lo que me contó aquella primera vez. Fue como un susurro que trajo el viento. Un susurro suave y cálido lleno de sabiduría y aventura. Un susurro que viajó más de 4.500 millones de años para mostrarme en un recorrido el hermoso rostro de la evolución. Un susurro que me enseñó a valorar el pasado, a vivir el presente y a soñar con las maravillas que pueden existir en el futuro. Un susurro que me abrazó con alegría y me siguió hasta aquellas enormes puertas que le daban la bienvenida a todo aquel ansioso por viajar.

Recuerdo, con total nitidez, que al salir del museo, un sentimiento de gozo se apoderó de mí. Abracé a mi madre con todas mis fuerzas. Ella me miró sorprendida, pero en seguida lo comprendió todo. Mis ojos se iluminaron con una expresión de felicidad infinita. Ese había sido el mejor regalo de cumpleaños de toda mi vida: una máquina del tiempo. Estuve agitada todo la tarde, incluso por la noche, hablaba sin parar del diplodocus, el megaterio, el mar, los reptiles, los anfibios, el hombre, de todo...

Ese fue el mejor regalo de cumpleaños de toda mi vida: una máquina del tiempo; y hoy, veinte años después, se la voy a obsequiar a mi hija. Una máquina llamada: Museo Nacional de Ciencias Naturales, donde puede viajar, aprender, creer, y también, soñar.

Yesenia López Pantoja





Ganador categoría infantil

‘Mi primera visita al Museo de Ciencias Naturales’

Hola, soy Marian, os voy a contar lo que me pasó en mi primera visita al Museo Nacional de Ciencias Naturales.

Ya estaba sentada en el autobús con mi mejor amiga Carolina. Nos pusieron una película de los Simpson. A mí no me interesan, pero me quedé embobada mirando la pantalla. Al cabo de un rato, llegamos al Museo de Ciencias Naturales.

En la entrada esperamos a los monitores. Un monitor nos llevó a un taller y nos lo pasamos pipa. Habíamos reconstruido un esqueleto, construido animales vertebrados a través de una base... Nos habíamos divertido tanto que el tiempo voló.

Empezamos a hacer “turismo” y una chica que me pareció majísima nos explicó qué eran los fósiles y... de repente, por un megáfono, se escuchó:

- ¡Atención! Sentimos interrumpir las actividades, pero cerraremos el museo porque hay un problema con el fluido eléctrico. Muchas gracias.

- Tranquilos – dijo mi profesora Mercedes intentando tranquilizarnos –, no pasa nada.

Las luces se apagaron. Un fognazo de luz me deslumbró. Cerré los ojos. Al abrirlos, no me encontraba en el museo. ¡Me encontraba en un claro rodeada por un bosque prehistórico! Lo diferencié de los bosques actuales por los árboles de tronco enorme que se elevaban hacia el

cielo. Saqué inmediatamente mi libro de animales prehistóricos que llevaba en la mochila. Quería saber en qué período me encontraba. Busqué hasta que encontré una definición exacta del paisaje. Me hallaba en el período Cretácico. Unas grandes pisadas me sobresaltaron y corrí a esconderme entre la maleza. Por un hueco entre las ramas los vi. Unas criaturas excelentes. Eran herbívoros. Había un gran carnívoro. Empezó la pelea entre dos titanes. Busqué en mi libro y los encontré. El gran herbívoro era un *Chubutisaurus* de unos veintitrés metros y el gran depredador eran *Gigantosaurus* de unos quince metros. El combate era feroz. Alrededor de los titanes había una manada de dinosaurios que parecían minúsculos aunque no lo eran. Una manada de *Kritosaurus* huía de aquel gran depredador. Me quedé viendo aquella gran lucha un largo rato. Al final el *Chubutisaurus* ganó la batalla aplastando literalmente al *Gigantosaurus*. A mí me dio pena, porque me gustan los depredadores. Empecé a caminar por la espesura del bosque. Después de caminar un rato me encontré en un claro donde estaba una madre de *Smilodon*. “Pero, ¿no estaba en el Cretácico?” pensé. Un gruñido del animal me puso en alerta. Estaba muy débil. Cogí un trozo de carne que había cerca de allí y la alimenté. Los cachorros de *Smilodon* me regalaron una pulsera extraña.

Otro fognazo de luz.

“Otra vez no” pensé mientras abría los ojos.

- ¡MARIAN!

Marian Martínez del Barrio





Segundo puesto categoría infantil

‘Mi primera visita al Museo de Ciencias Naturales’

Era un sábado por la mañana en mi primera visita al museo. Mientras iba con mis padres, me perdí. Había menos gente de lo normal. Caminaba por el museo, preocupado.

Y cuando llegué a una sala, un carnotauro me encontró. Yo estaba muerto de miedo. Intenté buscar a los agentes de seguridad, pero no encontré ninguno. Estaba acorralado. Decidí correr hacia otro sitio, desesperado por encontrar a alguien.

Iba tan rápido que parecía que volase. ¡Y volaba de verdad! Estaba tan asustado que no me di cuenta de que estaba cabalgando sobre un *Archaeopteryx*, la primera ave conocida. El *Archaeopteryx* solo podía planear. Sabía que aterrizaría pronto. Estaba tan contento que no me di cuenta de que el carnotauro nos perseguía.

Me escondí en el único lugar donde no podría entrar: en la sala de los árboles fosilizados. Pero no estaban fosilizados... me encontré en un verdadero bosque de helechos primitivos. Me resguardaba entre la maleza, rezando para que no me encontrara. Presentí que no estaba solo. Entre las plantas había otras criaturas muy distintas: un camptosaurio y un tigre con dientes de sable. El camptosaurio era del tamaño

del carnotauro, pero no paraba de comer plantas. Me parecieron inofensivos. Como el bosque era muy grande, decidí echar un ojo a un mapa que estaba en el suelo. En el mapa estaban señalados unos tres dinosaurios que nos podrían ayudar. El camptosaurio se quedó allí comiendo, pero el tigre se vino conmigo. ¡A lo mejor me había cogido cariño!

En la sala donde nos encontramos al carnívoro, había otros dinosaurios, con armas perfectas para la batalla. Un *Triceratops* y un estegosaurio. Eran enormes. El *Triceratops* tenía tres cuernos en la cabeza y el estegosaurio tenía pinchos en la cola. Nos siguieron. Aunque no nos encontramos con el camptosaurio me sentía mucho más seguro. Tenía dos dinosaurios para derrotar al carnívoro, pero había uno más. Según el mapa se encontraría en la entrada del museo. ¡Era el dinosaurio más grande de todos! Era un *Diplodocus*. Medía 23 metros de altura y tenía unas patas como columnas. Pero en ese momento llegó el camptosaurio. Tenía los dientes manchados de sangre y me temía lo peor. El pobre camptosaurio había muerto a manos de ese asesino. Los otros dos dinosaurios iban



perdiendo la batalla. Entonces se me ocurrió una idea genial. Subí al piso de arriba y fui a la sala de los meteoritos. Pensé en coger uno y tirarlo por el balcón.

Pero de repente todo volvió a la normalidad: los dinosaurios se volvieron esqueletos, el *Archaeopteryx* y el bosque se fosilizaron y los humanos aparecieron. Sólo había un animal que no se fosilizó: el tigre de dientes de sable. Me despedí del tigre y volvimos a casa, aunque me quedaba con ganas de regresar para vivir nuevas aventuras.

Alberto Rollón Rodríguez

